

Capadocios, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno y S. Gregorio de Nisa, cuya reflexión marcó un hito fundamental en el desarrollo de la teología trinitaria.

El tratamiento de la parte sistemática ha realizado dos opciones de calado teológico que resultan mutuamente dependientes. En primer lugar, toma su punto de partida en la Trinidad económica para remontarse después a la Trinidad inmanente. Dios ha revelado su vida íntima en la historia de la salvación. El tratamiento sistemático de la cuestión no puede prescindir de este punto. Esta primera opción lleva a considerar las cuestiones relativas a la Trinidad divina antes que las relacionadas con la unidad de la Trinidad. Así, de las misiones el autor pasa a las procesiones, a las relaciones y, con un especial detenimiento, a la noción de persona divina. A continuación, considera la unidad de la naturaleza divina y los atributos.

En un relativamente corto número de páginas, este libro consigue ser una lograda síntesis de la teología trinitaria. Se trata, por tanto, de una buena introducción al misterio del Dios cristiano.

Juan Ignacio Ruiz-Aldaz

Joseph RATZINGER, *Vieni, Spirito creatore. Omilie sulla Pentecoste*, Lindau, Torino 2006, 96 pp., 21 x 14, ISBN 88-7180-580-1.

No estamos ante un tratado sobre el Espíritu Santo, advierte desde un principio el entonces cardenal Ratzinger, sino frente a unos textos recogidos a partir de la predicación oral, procedentes de sus años de arzobispo y prefecto de la Congregación de la doctrina de la fe, en torno a la solemnidad de Pentecostés en Múnich y Ratisbona.

No constituye por tanto un texto fundamental en la obra ratzingeriana, pero sí un buen complemento y una clara prueba de que el pensamiento del teólogo que es ahora el actual Benedicto XVI está muy lejos del cristomonismo que se ha dado a veces en cierta teología alemana. Por otro lado, a pesar de ser textos distintos, el desarrollo de estas homilías resulta curiosamente coherente y sistemático.

En efecto, el predicador bávaro ha ido relacionando el Espíritu Santo con los distintos misterios del cristianismo. En primer lugar, con el misterio de la creación, un tema muy querido para el arzobispo Ratzinger, al que había dedicado una serie de homilías en la *Liebfrauendom*, la catedral muniquesa: «el Espíritu Santo es sobre todo el Espíritu creador y, por lo tanto, la Pentecostés es la fiesta de la creación, y el cristianismo es la religión de la creación. [...] Para nosotros el mundo es creación de la que Dios se alegra y de la que también nosotros, por medio de la libertad constructiva del amor, podemos alegrarnos» (p. 88). En el ámbito de la antropología bíblica, se recuerda también allí la unidad entre alma y cuerpo, al tratar de evitar así todo posible dualismo. «Donde carne y espíritu se presentan separados, la carne se reduce a puro cuerpo y el espíritu a frío cálculo, a mera funcionalidad. Esta división del mundo es la gran tentación de nuestro tiempo» (p. 55).

Lógicamente se pondrá en relación el Espíritu con el resto de la Trinidad, pues «la Pentecostés —dice allí— nos remite a la Trinidad. El Espíritu Santo no hace sin más cualquier cosa: en su humildad se somete a las órdenes de Jesús» (p. 17). De modo que se recuerda ahí en tono homilético las relaciones entre las distintas Personas, así como las

misiones del Hijo y del Espíritu. En primer lugar, se refiere a la misión del Hijo y, por tanto, a María y al misterio de la encarnación. «El día de Pentecostés [...] es semejante al acontecimiento de Nazaret. Desde aquel momento, lo que ocurre entonces debe ser asumido por todo el mundo: Cristo nacerá siempre del hombre. Cristo se hace hombre en nosotros. [...] Por eso en la Iglesia la oración de Pentecostés será siempre una oración mariana: hágase en mí según tu palabra» (p. 45).

En contraste con la división babilónica y sus distintas manifestaciones (cfr. pp. 64-65), se levanta la cruz y el misterio de la redención, cuya culminación se encuentra precisamente en el amor. Aquí un Ratzinger ya prefecto hacía uso de su habitual recurso a las imágenes en las homilías. «Pero el fuego es también imagen del amor. Es más, en realidad estas dos imágenes coinciden porque la cruz es amor y el amor es cruz: precisamente en esto está la grandeza de nuestra experiencia» (p. 75). Es además por todo esto el Espíritu de perdón, que Ratzinger sabe exponer en términos muy modernos y haciendo alusión a una parábola antropológica. «Solo la verdad puede liberarlo. Pero la verdad —es decir, su culpa— puede ser acogida solo si existe el perdón. Por tanto, el espíritu del perdón es al mismo tiempo el espíritu de la verdad y el espíritu de la libertad» (p. 38). Por eso también el Espíritu nos quita todo miedo posible, pues él mismo es amor, el amor hecho Persona.

También se referirá el cardenal bávaro al envío del Espíritu y al nacimiento de la Iglesia. Tras hacer una nueva mención a la relación del Espíritu con el resto de la Trinidad, añade: «el Espíritu Santo crea la Iglesia. Ésta no procede de la voluntad humana, de la

reflexión, de la habilidad de las personas y de su capacidad organizativa [...]. Ésta es, por el contrario, creación del Espíritu Santo» (p. 90). Al tener la Iglesia este origen, se vuelve a recordar allí la primacía de lo espiritual y del espíritu de oración en la Iglesia, «más allá de los congresos, las reuniones y las discusiones». Y acaba dando un pequeño consejo, útil para teólogos y pastores: «Un rato de oración da más fruto que un montón de documentos» (p. 22).

Pablo Blanco

Christian GOUYAUD, *L'Église, instrument du Salut*, Pierre Téqui éditeur («Croire et Savoir», 41), Paris 2006, 585 pp., 15 x 22, ISBN 2-7403-1219-9.

El autor es sacerdote de la diócesis de Estrasburgo y doctor en teología. En esta monografía se plantea analizar las implicaciones de la noción de la Iglesia como *sacramentum salutis*, es decir, la Iglesia como «signo e instrumento» de salvación, una idea puesta de relieve por el Concilio Vaticano II.

El autor constata que la idea ha sido estudiada en la época posterior al Concilio sobre todo bajo el aspecto de «signo», esto es, bajo el aspecto de la Iglesia como manifestación de los dones salvíficos de Dios a la humanidad. En cambio, el aspecto de la instrumentalidad de la Iglesia en la salvación ha sido menos atendido en la reflexión eclesiológica actual probablemente porque remite a un concepto de «instrumento» heredado de la escolástica, que se mira con desconfianza, mientras que las categorías de «signo» y «símbolo», más cercanas al universo agustiniano, han sintonizado mejor con una teología remisa a esquemas conceptuales ontológicos. El autor piensa que se trata de un olvido algo precipitado.